

un nuevo cultivo producirá finalmente algun fruto. Aplícate á tí mismo esta parábola, y madrugando el dia siguiente sin tener pereza, despues de haber adorado al Señor, y pedídole su gracia para pasar santamente aquel dia tan importante para tu salvacion, emplea una, ó por lo menos media hora, en la meditacion de alguna de las grandes verdades de nuestra religion, aplicándote siempre la doctrina que estas nos enseñan. Lee despues un capítulo en el libro de la imitacion de Cristo, y dedica una hora á recorrer en la amargura de tu corazon los años de la mala vida pasada. Considera tus desórdenes, tus maldades, el abuso de los santos sacramentos, el desperdicio de tantos auxilios; y disparte para la confesion que debes hacer desde el último retiro, con tanto dolor, que pueda reparar los defectos de las confesiones particulares antecedentes. Oye misa con la misma disposicion, y comulga como si recibieras al Señor por modo de viático. Antes de comer ten otra meditacion; y entre cinco y seis de la tarde la tercera. La leccion espiritual sea en algun libro escogido, enérgico y convincente, y toma despues tus medidas para que tus propósitos sean eficaces. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este dia como quisieras encontrarte en la hora de la muerte.

---

### DIA DOCE.

#### LOS SANTOS NEREO Y AQUILEO, SANTA DOMITILA Y SAN PANCRACIO, MÁRTIRES.

Es muy célebre en la Iglesia desde el segundo siglo la memoria de los santos mártires Nereo y Aquileo, siendo su culto de los mas antiguos que se solemnizan en ella. Eran dos hermanos, que habiendo entrado en el servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aun muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol san Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramó con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Distinguianse tanto entre todos los criados de la princesa Nereo y Aquileo por sus costumbres y por su buen ejemplo, que esto mismo les mereció la particular estimacion de su ama, quien los hizo gentiles-hombres de cámara, y les dispensó su confianza.

Refieren las actas mas antiguas de estos dos santos, que viendo un dia el cuidado y esmero con que la princesa se estaba adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada, lo sintieron vivamente; y animados del zelo que tenian por la salvacion de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuán indigno era aquel gran deseo de agradar á un hombre mortal, de una alma que ellos habian creído siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar con esta augusta cualidad el número de las virgenes. Esta reverente representacion, efecto puro de un zelo prudente y desinteresado, hizo impresion en el corazon de la princesa; y advirtiéndolo los dos hermanos, aprovecharon la ocasion, y prosiguieron representándola con igual respeto que su religion y su virtud la prometian mayor fortuna; y trayendo á la memoria la boda que la proponian, la hablaron con tanta energia de la vanidad de todas las honras y bienes de este mundo; de cuán vacíos son todos los gustos, entretenimientos y placeres; de la brevedad de los dias de la vida, y singularmente de los trabajos, amarguras y esclavitud del estado del matrimonio; y le hicieron una pintura tan eficaz y tan viva del va-



lor y mérito de la virginidad, y de todas las ventajas que trae consigo esta amabilísima virtud, que Domitila protestó no tendría jamás otro esposo que á Jesucristo, á quien desde aquel instante únicamente quería y pretendía agradar; y volviéndose á los dos hermanos, les dijo: «Pues Dios se ha valido de vosotros para inspirarme el deseo de ser esposa suya, tratad de conseguir que logre cuanto antes la honra de traer la divisa que se acostumbra, y de obligarme solemnemente á no reconocer jamás otro esposo que á él.» Hablaba la santa de la bendición que recibían en aquel tiempo las vírgenes, y del velo que traían en la cabeza en señal de celibato.

Muy gozosos Nereo y Aquileo, y no menos consolados al ver la bendición que había echado el Señor á su zelo, se presentaron luego al papa san Clemente, sucesor inmediato de san Pedro, y le dieron cuenta de la resolución en que estaba la princesa Domitila de no perder jamás el precioso tesoro de la virginidad. Dió gracias el santo pontífice al Señor; y pasando luego al palacio de la princesa, á quien halló mas determinada que nunca á no admitir otro esposo que á Jesucristo, la dijo: *¿Has considerado bien, hija mia, el fuerte combate que te espera? ¿y tendrás valor para prometerte victoria? Tu amante irritado del que reputa desaire, infaliblemente te acusará al emperador de que eres cristiana; y entonces, ¡ó buen Dios, á qué tentaciones tan furiosas no se verá expuesta tu fe y tu constancia! ¿Ni como podremos tú y yo evitar entonces el martirio? — ¿Y qué mayor dicha nos podrá suceder?* respondió la santa. *Yo confío poco en mis fuerzas, pero todo lo espero y todo lo confío de la poderosa gracia de mi Esposo celestial, y la persecucion no hará mas que adelantar nuestra felicidad y nuestra gloria.* Enternecido san Clemente al oír tan generosa respuesta, y mucho mas edificado del ardiente deseo que mostraba

Domitila de consagrarse al Señor, la dió su bendición con solemnidad, y la echó el velo sobre la cabeza.

No tardó mucho tiempo en cumplirse lo que había pronosticado el santo pontífice; porque informado Aureliano del partido que había abrazado Domitila, entró en una especie de furor, y despues de haber empleado inútilmente promesas y amenazas, hizo asegurar á todos los que sospechó haber tenido parte en la mudanza de la princesa, y á todos los acusó de que eran cristianos, con resolución de emplear todo su crédito para que todos fuesen condenados al último suplicio.

Los primeros de quienes se echó mano, fueron Nereo y Aquileo, confidentes de Domitila, persuadido el conde de que ganados estos, presto rendiría á la princesa. Valióse de cuantos medios pudo para sorprender su religion: de halagos lisonjeros, de esperanzas, de promesas tentadoras y de sollicitaciones; pero nada fué bastante para conmovér la fe de los siervos de Dios, é irritando su constancia á Aureliano, consiguió que fuesen al punto despojados de sus vestidos, y azotados con toda la crueldad imaginable. La alegría que mostraron los santos en este tormento, hizo perder al tirano toda esperanza de pervertirlos, y así fueron declarados cristianos, y consiguientemente enemigos del emperador y del estado. Temiendo que su firmeza aumentase la de Domitila sirviéndola de ejemplo, fueron enviados á Terracina, para que el cónsul Minucio Rufo les formase causa.

Esta se sustanció presto: mandóles que renunciassen á la fe de Jesucristo, y que en el mismo instante ofreciesen incienso á los ídolos. Respondieron con una intrepidez que asombró al mismo tirano: que habiendo sido bautizados por el apóstol san Pedro, y habiendo sido alumbrados con las luces de la fe, no reconocían otro Dios que el Dios de los cristianos;



Horando la desgracia y la ceguera de los gentiles, que se forjaban casi tantos dioses como hombres, siendo lo mas deplorable que en sus falsas divinidades no adoraban mas que sus propias pasiones.

Enfurecióse el tirano al oír una respuesta tan breve como determinada, y mandó que al punto fuesen puestos en el potro. Era este una especie de tormento en que á las cuerdas que suspendian en el aire los cuerpos de los mártires, se las apretaba á torno hasta lograr que tuviesen toda la tirantez posible; y despues de haberlos despedazado los costados, mandó que se aplicasen á ellos hachas encendidas. Los agudisimos dolores que sentian solo sirvieron para encenderlos mas y mas en el amor de Dios, saliendo al semblante el gozo que ocupaba el corazon; tanto, que temiendo el tirano que esta maravilla hiciese impresion en el ánimo de los paganos, les hizo cortar la cabeza el dia 12 de mayo del año de 98. Sus cuerpos fueron ocultamente recogidos por su discípulo Auspicio, y enterrados en la via Ardeatina á media legua de Roma, donde con el tiempo se edificó una iglesia para eterno monumento del triunfo de estos gloriosos mártires.

No vaciló con su muerte la fe de la ilustre virgen Domitila; pero atendiendo el emperador á su nacimiento, á su nombre, á su hermosura y á su mérito, no se resolvió á quitarla la vida, y se contentó con desterrarla á la isla de Poncia, cerca de Terracina, de donde Aureliano consiguió que se le levantase luego el destierro, y se fuese á vivir en Terracina, no desconfiando todavia de poderla reducir á su voluntad. Para lograrlo, halló medio de introducir en su casa dos jóvenes doncellas, hermanas de leche de la misma Domitila, que se llamaban Eufrosina y Teodora, cuerdas y honestas á la verdad, pero imbuidas en las máximas y espíritu del mundo, con

grandes deseos de hacer fortuna en él. Prometiéronlas que á una y otra las colocarian ventajosamente como pudiesen determinar á la princesa á que se casase con el conde; esperanza que las movió á emplear á este fin cuantos medios pudo inventar el artificio y el ingenio. Unas veces la preguntaban si podrian ellas abrazar su religion, y si para salvarse en la religion cristiana era necesario ser virgen; otras, si era lícito el matrimonio, y en suposicion de serlo, qué motivo podia tener para negarse á un estado que no la estorbaba el ser cristiana, antes la abria camino para hacer algun dia cristianos á su marido, á sus hijos y criados.

Descubrió fácilmente Domitila el espíritu que las movia á hablar de aquella manera; y habiendo respondido á sus preguntas en tono que no admitia réplica, ella tambien quiso hacer las suyas. Preguntólas, pues, si estando las dos prometidas para casarse con dos señores ricos, oirian sin indignacion que tuviesen valor para pretenderlas despues dos viles esclavos. No por cierto, respondieron ellas; á menos de haber perdido enteramente el juicio, no se podria llevar con paciencia semejante proposicion. ¿Pues porqué os admirais, replicó la santa, de lo que yo hago? ¿porqué calificais de menos prudente mi conducta? Habiendo consagrado mi virginidad á Dios, estoy desposada con su único hijo Jesucristo; este vínculo ha de durar por toda la eternidad; las conveniencias que trae consigo son infinitas. ¿Qué os parece? Hallándome ya honrada con este ilustre titulo, ¿deberé preferir á la mano del único hijo de Dios vivo, la de un hombre mortal? ¿podré oír sin disgusto que me hablen de otro matrimonio? Dijo esto con tanta gracia y con tanta viveza, que movidas y aun convencidas con sus razones Eufrosina y Teodora, se mostraron como dudosas; pero



no rindiéndose aun á los impulsos interiores de la gracia : Si lo que dices es verdad , la replicó Teodora , haz que tu divino esposo restituya la vista á un hermano ciego que yo tengo. Tu hermano , respondió la santa , está ausente , y se dilataria mucho el milagro ; ahí tienes una muchacha muda que te sirve ; hazla venir , y se manifestará mas presto en ella el poder de Jesucristo , para que tambien quedes tú mas presto convencida. Vino la muda , hizo oracion por ella Domitila , desatósele la lengua , y las primeras palabras en que prorumpió fueron publicar que no habia otro Dios que el Dios de los cristianos. En vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron á los piés de la princesa , declararon que eran cristianas , y que no querian otro esposo que á Jesucristo.

Llegando á noticia de Aureliano lo que habia sucedido , resolvió llevar adelante su resentimiento , sin guardar mas consideraciones ; y habiendo ganado fácilmente la voluntad del cónsul , hombre cruel , y enemigo mortal de los cristianos , hizo poner fuego á la casa donde estaba Domitila con sus dos neófitas , y todas tres fueron inmoladas como puras víctimas del Dios vivo , consumando de esta manera su glorioso martirio. Al dia siguiente acudió el diácono Cesáreo para recoger aquellas preciosas cenizas ; pero se quedó admirado cuando encontró á las tres doncellas postradas , el semblante contra la tierra , como si estuvieran en oracion , sin que el fuego que consumió su sacrificio hubiese ofendido ni uno de sus cabellos : tomó los santos cuerpos , y los enterró en un lugar donde con el tiempo se edificó una iglesia.

El mismo dia se hace mencion del santo jóven Pancracio , originario de Sinada , ciudad de Frigia , que perdió á su madre pocos dias despues que nació , y el padre tampoco sobrevivió á su mujer mucho

tiempo. Antes de morir dejó este encomendado el niño Pancracio á un hermano suyo , llamado Dionisio , que fué tutor y padre de su tierno sobrino. Llevóle consigo á Roma , donde pasó á residir , y dispuso la Providencia que tomase casa junto á una donde estaba retirado el papa san Marcelino , durante la persecucion que Diocleciano y Maximiano habian encendido contra los cristianos. Con esta ocasion la tuvieron de tratar al santo pontífice , cuya dulce conversacion , modestia , dulzura y piedad hechizaron tanto á los dos extranjeros , que ambos le pidieron el bautismo. Dionisio murió pocos dias despues de su conversion , y pocos despues de su muerte fué preso por cristiano el niño Pancracio , el cual á la sazón no tenia mas que quince años. Refieren las actas antiguas de su martirio que el emperador Diocleciano , por haber conocido en otro tiempo á su padre , quiso verle , y no perdonó medio alguno para obligarle á volver al paganismo. Primero intentó ganarle con promesas , despues pretendió atemorizarle con amenazas , y finalmente se valió del artificio ; pero nada bastó para hacer vacilar su constancia. « Señor , le dijo el heróico » mancebo , inútilmente te fatigas , si te persuades » que me harás perder la fe amenazándome con que » he de perder la vida ; no saben los cristianos qué » cosa es temer la muerte ; toda su dicha es derramar su sangre por Jesucristo ; los suplicios apresuraron su eterna felicidad , y para ellos espirar en los » tormentos es conseguir una gloriosa victoria. » Irritado el emperador , no quiso que hablase mas y mandó que al instante le cortasen la cabeza.

No es menos antiguo el culto de este santo , que el de los santos Nereo , Aquileo y Domitila , por lo que la santa Iglesia junta la fiesta de todos en un mismo oficio. Pronunciando san Gregorio una homilia delante de su sepulcro , dice estas palabras : « Los san-



» tos, delante de cuyo sepulcro estamos, miraron  
 » siempre al mundo con desprecio, aun cuando la  
 » paz, la fertilidad, la abundancia, lo florido y vigo-  
 » roso de su edad parecian hacerlo digno de ser  
 » amado por ellos, ó á lo menos les aumentaban las  
 » dificultades que hay para desprenderse de él. »

Por haber sido título del cardenal Baronio la iglesia antigua de estos santos, la reedificó, y con autoridad de Clemente VIII restituyó á ella la estacion de los fieles, que se habia perdido con el tiempo.

Honorio I reparó la iglesia de san Pancracio; Leon X instituyó en ella una de las estaciones de Roma; Inocencio X la volvió el título de iglesia abacial, y finalmente fué cedida á los padres carmelitas descalzos, que hoy dia la poseen.

*La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente.*

Semper nos, Domine, martyrum tuorum Nerei, Achillei, Domitillæ, atque Pancratii, foveat, quæsumus, beata solemnitas, et tuo dignos reddat obsequio. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la gloriosa solemnidad de tus santos mártires Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio nos sea siempre provechosa, y nos haga dignos de tu santo servicio. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 5 de la Sabiduría, y la misma del dia 1, pág. 12.*

NOTA.

« Pocos libros tenemos del antiguo Testamento  
 » mas doctrinales que el de la Sabiduría, y ninguno  
 » se ha escrito hasta ahora que mereciese con mas  
 » razon este nombre; por lo que con razon le llaman  
 » los santos Padres *el libro de la Sabiduría cristiana*.  
 » Basta para prueba de este merecido concepto el

» capítulo de donde se sacó la epistola precedente;  
 » porque en ninguna parte se explican con mayor  
 » viveza y claridad los crueles remordimientos que  
 » padecerán los condenados en el dia del juicio  
 » universal, y aun en el mismo instante en que  
 » espiran. »

REFLEXIONES.

Estos son aquellos de quienes en otro tiempo nos reimos y nos burlamos: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum*. Estos fueron objeto de nuestras bufonadas y chocarrerías. ¡O insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura, y ahora los vemos elevados á la dignidad de hijos de Dios. ¡Por qué razon no discurriremos y no hablaremos en vida como hemos de hablar y como hemos de discurrir en la hora de la muerte? Entonces se juzga sin preocupacion; no ciegan las pasiones; se miran de cerca los objetos, y no se padece engaño. La razon, la religion y la fe vuelven, por decirlo así, á entrar en posesion de sus derechos; revélanse los misterios mas ocultos del corazon, y la verdad se deja ver con toda su claridad. ¡O qué bella atalaya es la cama en la hora de la muerte! ¡Qué efecto producirán en el alma unas reflexiones que solo tienen por fruto estériles arrepentimientos, y unos arrepentimientos que van acompañados ó seguidos de una infinidad, de una eternidad de suplicios!

*Hi sunt*: yo me burlaba de la modestia de aquel jóven, de la compostura, del recogimiento de aquella doncellita, de la ajustada y arreglada vida de aquellas personas devotas que edificaban con su virtud á toda la ciudad, mientras yo era la fábula de toda ella.

*Hi sunt*: yo miraba con una especie de lástima y de compasion á aquellas esposas de Jesucristo; su



clausura me parecia una prision insufrible; su velo un yugo insoportable; su estado y su condicion una verdadera desgracia. Cuando yo estaba engolfada en medio de ese gran mundo; cuando me habia de hallar precisamente en todo lo que era juego, diversion y entretenimiento; cuando era el alma del baile, del sarao, de la conversacion y del paseo, ¿hubiera trocado yo mi suerte por la de aquella hermanita mia religiosa? ¡Con qué ojos compasivos y aun desdenosos miraba yo aquellos ayunos, aquellas penitencias; y con qué empeño, con qué complacencia defendia yo mi profanidad, mis galas, mi vida regalona y licenciosa, mi indevacion y mi impiedad! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*: y ahora mira, mira como está contada en el número de los hijos de Dios; mientras yo (¡infeliz de mí!) me veo condenada al fuego eterno; me veo precipitada en el infierno, hecha por toda la eternidad el oprobio del universo, el juguete de los demonios, la execracion de Dios y de los hombres!

*Nos insensati*. ¡Locos, necios, insensatos de nosotros! ¿Es por ventura tiempo de conocer uno sus desaciertos, sus extravíos y sus locuras despues de la muerte? ¿es tiempo de que el reo se haga cargo de la enorme gravedad de su delito, cuando ya está en el cadalso? ¿es tiempo de que el litigante advierta la injusticia de su pleito, cuando ya está sentenciado? Allá, en medio de aquellos alegres dias que estaban todos contados; allá, cuando gozabas una salud robusta, floreciente y vigorosa; allá, cuando te ocupaba tanto tiempo inútilmente el sosiego, la ociosidad y el regalo; entonces, entonces sí que era ocasion oportuna de reconocer esas máximas tan contrarias al espíritu del cristianismo; entonces habias de descubrir el veneno de esas conversaciones tan poco cristianas, los lazos de esas concurrencias, el con-

tagio de esas diversiones; entonces era tiempo de advertir los peligros de los espectáculos, la vanidad de esas galas profanas y orgullosas que alimentan ó irritan las pasiones; entonces debieras haber reparado en la infelicidad de esa vida ociosa, delicada, y casi enteramente gentilica; entonces venia bien prevenir las funestas consecuencias de esas mesas de juego, de esos bailes, de esas ostentosas comilonas, de esas temporadas de quinta, aldea ó de campaña, tan perniciosas á la inocencia, como propias para la dissolution. *Nos insensati*. ¡Qué insensatos somos en dejarnos engañar de unas flores, que se marchitan casi al mismo tiempo que se abren! ¡insensatos en correr al precipicio con los ojos vendados! ¡insensatos cuando estamos condenados á muerte, y nos reimos!

*El evangelio es del cap. 4 de san Juan.*

In illo tempore, erat quidam regulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cum audisset quia Jesus adveniret à Judæa in Galilæam, abiit ad eum, et rogabat eum ut descenderet, et sanaret filium ejus: incipiebat enim mori. Dixit ergo Jesus ad eum: Nisi signa, et prodigia videritis, non creditis. Dicit ad eum regulus: Domine, descende priusquam moriatur filius meus. Dicit ei Jesus: Vade, filius tuus vivit. Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus, et ibat. Jam autem eo descendente, servi occurrerunt ei, et nuntiaverunt dicentes, quia filius ejus vi-

En aquel tiempo habia un cierto régulo en Cafarnaum, el cual tenia un hijo enfermo. Este, habiendo oido que Jesus habia venido de Judea á Galilea, se fué á él, y le suplicaba que fuese y sanase á su hijo, porque estaba cercano á morir. Jesus, pues, le dijo: Si no veis milagros y prodigios, no creéis. Respondióle el régulo: Señor, ven antes que mi hijo muera. Dijo le Jesus: Vé, tu hijo vive. El hombre creyó á las palabras que le dijo Jesus, y se marchó. Y estando cerca de su casa, le salieron al encuentro los criados, y le anunciaron que su hijo vivia. Por tanto les pre-



veret. Interrogabat ergo horam ab eis, in qua melius habuerit. Et dixerunt ei: Quia heri hora septima reliquit eum febris. Cognovit ergo pater, quia illa hora erat, in qua dixit ei Jesus: Filius tuus vivit: et credidit ipse, et domus ejus tota.

guntó la hora en que habia comenzado á mejorarse. Y le dijeron: Ayer á la hora séptima le dejó la calentura. Conoció, pues, el padre que aquella era la hora en que le dijo Jesus: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa.

### MEDITACION.

DEL CUIDADO QUE LOS PADRES DEBEN TENER DE LA EDUCACION DE SUS HIJOS.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay obligacion mas estrecha para los padres y para las madres, que la de dar una cristiana educacion á sus hijos. No es mayor la obligacion de alimentarlos, que la de criarlos bien; ellos son como tutores de sus hijos, especialmente cuando se hallan en edad en que las primeras impresiones que reciben son como los principios, ó como la semilla del destino que han de tener eternamente. Con seguridad se puede decir que la salvacion ó la condenacion de los niños pende principalmente de su buena ó mala educacion.

Ningun padre, ninguna madre puede dispensarse de esta obligacion; ¿pero cuántos hay que se dispensan á sí mismos de ella? ¿Cuántos hijos que se condenaron, deben á su mala crianza su eterna desdicha! Esto es lo que debieron á sus crueles padres. Y si fa sangre del inocente Abel está clamando á Dios venganza desde la tierra, ¿qué gritos estarán dando desde el profundo del infierno aquellos hijos desdichados, pidiendo á Dios que castigue á sus impíos y desnaturalizados padres, porque con su negligencia,

con su criminad descuido en darles una buena educacion, fueron causa de su eterna desgracia!

Gran pecado es impedir á los hijos que abracen la religion cristiana; pero ¿será por ventura menor culpa no cuidar de que los que son cristianos vivan como manda la religion? Desengañémonos, que la salvacion de los padres y madres tiene grande conexion con la salvacion de los hijos. Aquel hombre que parece muy arreglado en su conducta personal, y que seria un santo si no tuviera hijos, quizá se condenará por el descuido en el gobierno de su familia. Aquella otra mujer seria irreprehensible á los ojos de Dios, si no tuviera que responder á su Majestad de los desórdenes de una hija, porque no cuidó de criarla con recogimiento y con temor de Dios. Helí era un hombre justo por lo que toca á su persona; pero ¿en qué abismos no le precipitó la blanda indulgencia con sus hijos!

No cuidar de los hijos, dice el Apóstol, es renunciar á la fe, y ser peor que un infiel. El Espiritu Santo no gasta exageraciones. ¿Y será causa legitima de los padres decir que fiaron ese cuidado al desvelo de los ayos, de los maestros, de los extraños? El cuidado de estos no descarga del todo á los padres de su obligacion, porque á lo mas los ayudan á llevar la carga. Los hijos pueden tener maestros; pero los padres tienen obligacion de saber si los maestros cumplen con la suya, y si los educan bien; y aun es mas indispensable la obligacion que los estrecha á darles buen ejemplo. Mas imitan los niños lo que ven, que lo que oyen; y por esta razon no hay en los padres accion exterior menos arreglada, que no tenga la malicia de escandalosa.

¿Qué cuenta tan terrible tendrán que dar al Señor aquellos padres y madres tan poco cristianos, que apenas conocen á sus hijos, segun las pocas veces